

al pie de la letra y dados como leyes de la educación americana.

Pero esto en Europa tiene su razón de ser así. La ciencia, que es en Europa la nodriza de la industria fabril, no puede tener esa aplicación en Sud América, donde no hay industria fabril. Poco auxilio tiene que dar la literatura a una ciencia que no necesita perfeccionar la forma de la expresión para comunicar y propagar sus secretos estériles por falta de aplicación práctica.

Las ciencias son un saber de mero lujo, como las lenguas muertas, donde sus productos no tienen aplicación, es decir, demanda, uso, utilidad. Sólo se aprenden por decreto y se aprenden para olvidarse luego, como el latín y el griego.

Se confunden en este plan de educación oficial, en la América del Sud, la ciencia y las letras con la civilización. Se toman las letras y las ciencias como la esencia y cuerpo de la civilización. Tanto valdría confundir la civilización con la industria fabril, y emprender la conquista de una industria nacional como medio de civilizar al país.

Sin duda que las ciencias y las letras son el complemento de una civilización real y verdadera; pero si ellas la completan y coronan, otros elementos la principian y le sirven como sus puntos de partida. Estos elementos son, en la naciente civilización de la América del Sud, las industrias que por su edad y condición están llamadas al presente a introducir y establecer en ella las poblaciones y capitales del mundo más civilizado, para fomentar la producción de las riquezas que su suelo contiene en germen, con cuyos productos compra los artefactos de la Europa industrial para hacer la misma vida civilizada que lleva la Europa, sin estar a su altura en la industria fabril, en las ciencias y las letras. Esas industrias, como hemos dicho ya, son el comercio, la agricultura, la cría de ganado y en general todos los trabajos que tienen por objeto hacer producir al suelo las riquezas de que es capaz, y comprar con ellas al extranjero más civilizado las que no sabe producir.

En la adquisición y ejercicio de estas ocupaciones y oficios deben ser educadas preferentemente las nuevas y actuales generaciones de la América del Sud; y no es a la universidad a quien toca darlas, sino a la familia, a la escuela primaria, al hogar doméstico, a la vida privada del padre de familia, ocupado de su oficio habitual.

Lo que Sud América requiere es un nuevo género de vida social, nueva conducta, nuevos usos, nuevas costumbres, nuevo modo de emplear su tiempo, y estos cambios y novedades no se

producen por lecciones y doctrinas universitarias sino mecánicamente, automáticamente, tácitamente; por la lección muda del ejemplo, en el silencio fecundo de la vida privada, en el escriptorio, en el banco, en el mercado, es decir, en el terreno mismo en que funcionan el comercio, la agricultura y la industria rural.

El único producto nacional y propio de las universidades de Sud América, es el *doctor en leyes* o el abogado. En todas las demás ciencias y profesiones concurren con los productos de las universidades europeas, tales como en la formación de los médicos, ingenieros, químicos, matemáticos, naturalistas y sabios de todo género, incluso los teólogos y sacerdotes; y cuando menos son superfluas las penas que en esta producción última se dan las universidades sudamericanas, por la facilidad de recibirla mejor de fuera, de mejor calidad y mejor formada.

Esta concurrencia no es sin inconvenientes para Sud América. Como el extranjero tiene igual derecho y viene mejor preparado que el nacional para ejercer esos trabajos, pronto el nacional toma ojeriza al incómodo concurrente y la antipatía industrial, una vez generalizada, se vuelve un sentimiento público, repulsivo del extranjero que interesa al país atraer por las necesidades de su mejoramiento lancasteriano.

Donde hay más abogados que pleitos el sobrante de abogados busca trabajo y salario en los empleos del gobierno. Pero como las universidades no cesan de producir anualmente más abogados que clientes y empleos públicos encierra el país, y es más fácil que el empleo cambie de empleado que no el cliente de abogado, los que están sin oficio ni clientes, es decir, sin salario, empiezan a ver de mal color el actual orden de cosas y la idea de una revolución viene a ser su sueño dorado y supremo recurso.

Pero la revolución, que no es sino la guerra interior o civil, lejos de servir a la civilización del país, es decir, al aumento de su población, de su comercio, de su producción agrícola y rural, de su crédito, de su tesoro público, de su progreso y bienestar, la revolución, por brillante que sea su programa, es el dispendio, el empréstito, el pánico, la paralización, el descrédito, el empobrecimiento, la crisis de todo el país, y de cada uno, sin excluir a los revolucionarios victoriosos.

De ese modo se explica cómo la educación presente viene a ser una de las causas del empobrecimiento permanente de Sud América, por la dirección que ella da al empleo que sus habitantes hacen de su tiempo y de su actividad, en busca de los medios que necesitan para vivir vida civilizada y cómoda.

Educar al pueblo en la dirección opuesta es darle la apti-

tud de servir al desarrollo de su civilización, que consiste en el de su población, comercio, industria y riqueza. No es medio de darle esa aptitud el enseñar a leer y escribir a su porción más numerosa y más bruta. Su progreso depende de su minoría selecta y digna.

Esa es la porción del pueblo que necesita ser educado en la práctica de los oficios y profesiones que más directamente sirven al aumento del comercio, de la población, de la producción del suelo y de la riqueza y bienestar, que para todos y cada uno se deriva del ejercicio de esas ocupaciones fecundas y nobles.

Esa educación no será dada por las *universidades* que en Sud América son sin objeto o ineficaces para el desarrollo de la civilización material y social por el presente. Ellas alejan a la América del camino de sus progresos por la dirección errada de su plan de enseñanza.

¿Cuál es el verdadero sentido de la educación popular que Sud América requiere?

Lo estéril e ineficaz del curso que la educación ha traído hasta aquí, tiene su prueba incontestable y práctica en el miserable estado de cosas que todo el gasto y ruido de tantos trabajos educacionistas no han impedido producirse. Sociedad, gobierno, instituciones, costumbres, moral, instrucción, riqueza, crédito, industria, todo está más atrasado en Sud América que lo estaba hace treinta años, con rarísima excepción. Si algún progreso material se produce, apenas perceptible, es el natural aumento que no deja de recibir el cuerpo enfermo de un hombre joven. La América del Sud es un mundo enfermo: enfermo crónico que sólo puede sanar por un tratamiento, es decir, por un remedio crónico y lento como el mal.

Lo que enseñamos en este capítulo, lejos de ser una novedad doctrinaria, es el hecho más probado que registra la historia del progreso que lleva hecho la América del Sud desde que salió de su aislamiento colonial español, a principios de este siglo, y entró en libre trato comercial con la Europa más rica y más civilizada.

Las repúblicas y partes de Sud América que, por su condición geográfica, contaron con puertos y costas que facilitaron su comercio con Europa, fueron las que más adelantaron en población, en riqueza, en cultura, en civilización y bienestar.—Tales fueron después del Brasil, el Plata, Chile, y aún el Perú, que recibieron hechos y formados, de su roce comercial con Europa, la superioridad relativa que las distingue

en América, y no de sus universidades, mejoradas ellas mismas por ese mismo roce con el mundo más civilizado. Bolivia y Nueva Granada tuvieron las universidades más célebres desde su edad colonial, pero no tuvieron puertos, ni condiciones favorables para el comercio trasatlántico, y se quedaron pobres y atrasadas en todo sentido, no solamente en comparación de las otras repúblicas, sino de la Habana misma, cuya condición de colonia de España no le estorbó alcanzar la opulencia por el comercio que pudo hacer por sus veinte puertos accesibles a sus expediciones.

Si Buenos Aires debe sus adelantos excepcionales a las ventajas naturales de su suelo para el desarrollo del comercio, no es menos cierto que debe sus crisis y accesos de retroceso a las trabas artificiales que su política mal entendida opone al libre y completo desarrollo de ese mismo comercio.

Buenos Aires debe su existencia entera al comercio: es su creación más genuina en la América del Sud. Basta notar su posición en la embocadura del inmenso caudal de agua dulce con que la naturaleza ha dotado a esa región—el Río de la Plata y sus cinco opulentos ramales: el Uruguay, el Paraná, el Paraguay, el Bermejo, el Pilcomayo. Buenos Aires ha sido fundado y agrandado sin su participación por el simple poder de su posición geográfica, y toda su ceguedad y mala voluntad de niño mimado, a que debe esa misma rica fortuna, serán vencidos por la acción progresista que lo lleva hacia adelante, a su pesar y despecho. El comercio lo nutre impasible, como la nodriza al niño que la golpea después de haberle hartado con su buena leche.

Roma, París y Londres, cruzados por ríos navegables, fueron creaciones del tráfico comercial en las edades en que los ríos navegables eran los únicos mares mediterráneos, y en que el Mediterráneo de hoy era el único *atlántico* de entonces.

No se conoce un solo gran río navegable que no haya creado en su embocadura una gran ciudad comercial, cuando no la ha formado en medio de su curso, como los ya citados. Marsella es la hija del Ródano; Lisboa del Tajo; Amsterdam del Rhin; Hamburgo del Elba; Calcuta del Ganges; Nueva Orleans del Mississipí; Nueva York, Río de Janeiro, Valparaíso no están en las orillas de grandes ríos, pero lo están de grandes mares equivalentes a los ríos, como agentes del movimiento comercial. Y si el Amazonas y el Orinoco no tienen grandes ciudades formadas por su comercio, es porque el sol del Ecuador no ha dejado crecer los materiales del comercio en sus márgenes encandecidas y abrasadoras.

Cuando el comercio reúne a las corrientes que la socie-

dad recibe de la educación el auxilio de una impulsión paralela venida de la geografía, son producto inevitable de ese doble influjo las maravillas de prosperidad de que nos presentan ejemplos la Inglaterra, la Holanda, los Estados Unidos de América; es decir, los países más comerciales, y al mismo tiempo y por la misma causa, los más libres, los más ricos y civilizados del mundo entero.

Inundada de libros toda Sud América; de escuelas y maestros, más que de escolares; poblada de profesores y sabios; constituida en un vasto liceo; gastada la mitad de las entradas del tesoro en instruirla y educarla por esos medios,—la barbarie quedará triunfante, mientras no la saque de allí la acción espontánea del comercio libre del mundo más civilizado, inundándola de sus poblaciones de obreros inteligentes, de sus capitales, de sus industrias, de sus empresas, de sus productos estimulantes de la producción americana, de civilización hecha y formada, en una palabra, por métodos peculiares de su edad y de su pasado, que son los que convienen a la edad y al presente de la América del Sud.

El mal de la crisis o empobrecimiento de ese país es un hecho de carácter moral; como la pobreza misma, y sus causas y remedios son igualmente hechos de carácter moral.

Importa fijarse sobre el sitio y la naturaleza del mal para dar con su remedio.—No basta llenar el país de riqueza extranjera si su estado moral ha de quedar el mismo que ha hecho desaparecer la que estaba ya acumulada y cuya destrucción constituye la crisis o empobrecimiento actual.

La riqueza extranjera importada y en un país cuyo estado moral es causa de pobreza, es el agua depositada en un suelo arenoso y poroso: lejos de conservarse se consume o insume y desaparece.

Sólo la educación es capaz de remediar un mal moral que existe en los usos y costumbres del país.

La educación, digo a propósito, no la instrucción. Sin duda que la instrucción dada al trabajo lo hace más fecundo; y en este sentido la instrucción es riqueza.

Pero la instrucción sin duda, es como el trabajo sin economía. Si el trabajo es una virtud moral, el ahorro es otra virtud, que sirve de ángel protector del trabajo.

La falta de esa educación moral, esa instrucción incompleta, ha sido en gran parte causa de la crisis del Plata, como lo ha sido de la crisis de los Estados Unidos, gran modelo que ha servido a los estadistas gobernantes del Plata para organizar su instrucción pública.

Su primer "educacionista" de oficio trajo de los Estados Unidos el sistema de instrucción que, como ministro, presidente y director de la instrucción, ha propagado en el país

aislado por la pobreza. Sarmiento es el maestro sudamericano de la escuela política que admite la instrucción de ese tipo.

El mismo es la personificación de su sistema de instrucción, y la prueba de su ineficacia para la riqueza del país. Toda su administración es considerada como causa de la crisis. El mismo es el modelo que instruye a sus discípulos por la doctrina del ejemplo. No hay más que estudiar su vida privada, su moral personal, la educación que él ha recibido y practica, para ver probado lo que afirmamos aquí.

La *propiedad* y la *familia* son los cimientos de la sociedad bien ordenada. Las dos cosas son del dominio de la vida privada, en qué consiste el cimiento de la vida pública y social.

¿Qué ha sido para la *propiedad* y la *familia* la enseñanza que resulta de la vida del educacionista Sarmiento? Su biografía (1), la fisiología moral de su vida y de su persona lo definen como *educacionista*, sin sombra de educación él mismo.

Colocado a la cabeza del país, por su propia *industria* electoral, él es el que ha sancionado el Código social, *trabajo* de su digno ministro Vélez Sársfield, que organiza la familia y la sociedad argentina conforme al *gran modelo* de los Estados Unidos, en cuanto a los intereses y a las condiciones morales de la sociedad, que descansa en el trabajo y en el ahorro, como costumbres morales de sus miembros.

El gobierno de Sarmiento y el Sarmiento sin gobierno, han llenado el país de escuelas, de maestros de escuela, de libros, de impresos, de librerías y bibliotecas, de colegios, de universidades, en proporción superior al número de escolares. Como esos ejércitos con más generales que soldados, su instrucción pública ha tenido más profesores y maestros que discípulos.

¿Por qué? Porque en la moral de esa administración el maestro valía más que el discípulo, como instrumento electoral, para los ministros de Instrucción pública, candidatos naturales a la presidencia gracias al noble título de *educacionistas*.

El niño, que por su edad no es elector, valía menos, naturalmente, que el maestro; y aumentar las escuelas era aumentar los maestros, es decir, los electores, los votantes y los votos favorables. El que cambia su voto por un empleo no es un modelo de moral. Los discípulos formados por tales modelos no pueden ser superiores.

El estado de la instrucción se ha medido por las cifras

(1) *Recuerdos de Provincia*, por D. F. Sarmiento.

de la estadística. Lo que no se ha medido por los números es el estado de la educación moral. Desgraciadamente, la moral se prueba menos fácilmente que la instrucción, porque es menos visible y brillante a los ojos. Un minuto de examen basta para saber si un hombre conoce la escritura y la lectura. Mucho tiempo es necesario para saber, por el examen de su conducta, si es honrado.

Dos grandes ideas económicas que Adam Smith proponía a las naciones de Europa endeudadas a fines del siglo pasado, pueden ser aplicadas mejor que en Europa en la República Argentina, para remedio de su crisis financiera y económica.

La una es la venta de sus tierras desiertas de Patagonia, del Chaco, de Misiones, de las Islas "fluviales" a sus acreedores extranjeros en pago de su deuda nacional. Es convertirlas en capitales extranjeros y fijar y establecer esos capitales en el país.

Con sus salarios y cultura, esos capitales llamarían inmigraciones, y poblarían la parte del país que más necesita de población, que es la despoblada.

Sería el modo de hacer servir al poblamiento, enriquecimiento y progreso del país las tierras que hoy sirven para alimentar a los salvajes, y para pretextos o motivos de guerras con Chile, el Brasil, Bolivia, el Paraguay, que las codician.

Si no es con esos recursos, ¿con cuáles otros pagaría la nación su enorme deuda, en cuyos intereses consume hoy toda la renta y pierde todo su crédito, en los momentos mismos en que no le queda otro recurso para vivir que ese mismo crédito, es decir, el *empréstito*, la emisión de papel fiduciario, en una palabra, el *dinero ajeno*?

Otro recurso que sería a la vez un remedio curativo del mal moral del país, que es la ignorancia y falta de educación, sería la supresión casi total del gasto público presente, en lo que se llama la *instrucción pública*. (1).

No hay verdadera instrucción sino la que se da el país a sí mismo.

Los discípulos deben pagar los salarios de sus maestros, es decir, las familias deben costear la educación de sus hijos. Es el modo de aprovechar ese gasto y salvar a sus hijos; de estimular el celo y el talento de los maestros, en vez de per-

(1) Recuérdese que estas páginas son de valor puramente circunstancial, pues fueron escritas *contra* la obra de Sarmiento. (Nota de la presente reedición).

vertirlos por la ociosidad nacida del salario fijo, dado por el Estado en su pago, que degenera en servicios electorales, de policía y de otras cosas contrarias a la educación.

Así pensaba de la instrucción dada y pagada por los gobiernos el hombre más docto y más sabio que haya tenido la Inglaterra en el siglo XVIII y tal vez hoy mismo.

Pues bien, si hay un país que por su sistema de instrucción pública haya probado la verdad de la doctrina de Adam Smith, es la República Argentina de este último tiempo.

Jamás ha gastado más dinero en la instrucción pública que bajo sus recientes gobiernos educacionistas por excelencia; jamás ha estado más ignorante y corrompida la masa general de su pueblo.

¿A quién ha servido el gasto de esa instrucción? — A sus jefes. — ¿Para qué? — Para elevarse al poder. La instrucción ha sido un medio de reclutaje y enrolamiento político: una máquina electoral. De ese terreno han salido los ministros y los presidentes que han sumido al país en la miseria.

#### § XI. — EL VENENO DEL ENTUSIASMO

El *veneno del entusiasmo*, según la bella expresión de Adam Smith, es la plaga de los pueblos americanos de origen español. Es la fuente o el instrumento de sus agitaciones guerreras, en que desaparece su riqueza, prodigada en locas empresas de un patriotismo fanático y supersticioso.

El *veneno del entusiasmo* mata todo espíritu de avance y de investigación tranquila, paciente y fría, en el estudio de las cuestiones que interesan al bienestar y progreso del país. El entusiasmo no discute; aclama y decide siempre por aclamación, es decir, a ojos cerrados. El entusiasmo no tiene ojos. Vive como el ciego, en perpetua oscuridad, es decir, en perpetua ignorancia de los intereses y de las conveniencias del país.

El contraveneno del entusiasmo y del fanatismo de toda especie, que señala Adam Smith, es la ciencia. Enseñarla, propagarla, es el medio de calmar las poblaciones, de enfriar los ánimos exaltados por el entusiasmo.

El entusiasmo conduce a la violencia, a la precipitación, a la intolerancia, a la tiranía. Es incompatible con la libertad.

Incumbe a la educación dada por el Estado, según Smith, el trabajo de extinguirlo: las fiestas, la poesía, la literatura, sólo son buenas para difundir el veneno del entusiasmo.

La misión de las universidades en Sud América, es difundir la ciencia, con preferencia a la literatura. La ciencia apa-

cigua; la literatura exalta. La ciencia es la luz, la razón, el pensamiento frío y la conducta reflexiva. La literatura es la ilusión, el misterio, la ficción, la pasión, la elocuencia, la armonía, la ebriedad del alma: el entusiasmo.

La literatura es la hermana de la espada: un elemento auxiliar de la guerra. Canta sus héroes, consagra y eterniza sus glorias: es la cultura intelectual de las edades heroicas. Prolongar esa edad, es retardar la madurez y el progreso de las sociedades.

La literatura ha llenado su misión, ha hecho su tiempo en Sud América.

La ciencia solamente puede darle lo que su edad requiere: la luz, la razón, la calma, la paz necesaria a la fundación de sus instituciones y al desarrollo de su riqueza, de que depende su poder y grandeza, su bienestar y civilización.

La república más atrasada en educación es la República Argentina. No es que le falten pedagogos o pedantes, escuelas, universidades y bibliotecas. Es tal vez la que más abunda en estos medios que tanto pueden servir a la educación como en su daño.

En el Plata está ahogada la ciencia por la literatura. Su actividad intelectual presenta el cuadro de una escuela de retórica. Sus grandes inteligencias son todas literarias; sus principales producciones, literarias. Rarísimo es el hombre de ciencia que no sea europeo. La frase, el discurso, la forma, el estilo, el lenguaje, es la preocupación dominante de todos los que cultivan el saber. Sabido es que la tierra favorita en que la literatura florece con más abundancia es la historia, la política militante, la poesía, el teatro, la prensa periódica, el romance, la jurisprudencia, la teología, en una palabra — las *ciencias morales*.

Las consecuencias sociales de esa dirección dada a la cultura intelectual, es la exaltación y el entusiasmo en los espíritus, la exageración, la vanidad y el orgullo, que se ofende de la crítica y de la contradicción en lo general de los hombres públicos que figuran en las letras, en la política, en la prensa, en las cosas de gobierno.

#### § XII. — EL EJEMPLO DE LOS ESTADOS UNIDOS. — SU HISTORIA SUGIERE NUESTRO REMEDIO

En cosas económicas más que en cosas políticas el mejor modelo de la América es la América misma.

El gran modelo de la América del Sud es la América del Norte, en cosas económicas. Pero de ordinario no la ve por este lado porque sólo la conoce y estudia por Tocqueville,

que estudió ese país como político, no como economista. Su libro célebre se titula "De la democracia en América".

Pero en el mismo terreno de las cosas económicas, no es la América actual el modelo más provechoso para Sud América, sino la que precedió a los Estados Unidos, la que produjo a Washington, a Jefferson, a Adams, a Madison y a Hamilton, que con los Estados mismos fueron las criaturas de su antiguo régimen de libertad y de riqueza.

La libertad y la riqueza son más viejas en Norte América que su independencia.

Emigradas de Inglaterra en América importa saber cómo se establecieron, cómo se aclimataron y progresaron en el primer período de su existencia.

Así, el antiguo régimen de los Estados Unidos, es el mejor modelo de los Estados independientes de la América del Sud, no sólo que los Estados viejos y colosales de Europa, sino que los mismos Estados Unidos actuales, y no sólo en cosas políticas, sino en cosas económicas.

La libertad y la riqueza empiezan a existir en Norte América con los primeros establecimientos de sus pobladores ingleses; así fué que en su mismo período colonial fueron más de una vez en esas cosas modelo de imitación o de admiración, al menos de su madre patria, si hemos de dar crédito a la autoridad de Adam Smith, que es quien lo demuestra muchas veces en su grande obra sobre "La riqueza de las naciones".

En materia de crédito y de bancos, de papel-moneda, por ejemplo, de comercio, de industria, de agricultura, hace más de dos siglos que los americanos, antes ingleses, practican lo que todavía es un *desideratum* para más de la mitad de la Europa libre, rica y civilizada.

La emisión del crédito público en forma de papel-moneda, figura hace un siglo entre las instituciones económicas de la Rusia moderna. Pues bien, los pueblos americanos, antes ingleses, han conocido y usado del papel-moneda como recurso financiero, es decir, del Estado, desde más de dos siglos a esta parte.

"Se ha objetado que los americanos carecieron de oro y plata (escribía Adam Smith en 1776) girando su comercio interior sobre un papel que tiene el valor de moneda corriente, y estando de continuo dirigido todo el oro y plata que puede entrarle, a la Gran Bretaña, en retorno de las mercaderías que reciben de nosotros..."

"La escasez actual de oro en América no proviene de la pobreza del país o de falta de medios en sus habitantes para procurarse estos metales. En un país en que los salarios del trabajo están tan arriba del precio que tienen en Ingla-

terra, y el precio de los víveres tan abajo, seguramente que la mayor parte de los agentes deben tener con qué comprar esos metales, si les fuere necesario o ventajoso hacerlo. La rareza de esos metales es, pues, allí un asunto de elección, no de necesidad.

“Se ha demostrado en esta obra que los negocios interiores de un país cualquiera, al menos en tiempos tranquilos, podían marchar con la ayuda de un papel investido de la función circulatoria de la moneda, con tanta ventaja quizás, como si emplease moneda de oro o plata. Para los americanos que están siempre en el caso de emplear con provecho en la mejora de sus tierras, capitales más grandes que los que les es posible procurarse, es una ventaja el poder ahorrarse el gasto de un instrumento de comercio tan dispendioso como el oro y la plata, y de colocar esta parte de su producto superfluo que absorbería la compra de esos metales, en comprar más bien los instrumentos o utensilios del trabajo, vestidos, muebles de casa, y en fin, todo lo que les es necesario para formar sus establecimientos y extender sus plantaciones, en adquirir un fondo activo y productivo, más bien que un fondo muerto y estéril como es el dinero metálico.

“Cada gobierno colonial encuentra su interés en proporcionar al pueblo papel-moneda en cantidad grandemente suficiente y aún más que suficiente en general para hacer marchar todos los negocios interiores. Algunos de esos gobiernos, el de Pensilvania en particular, se procuran un crédito por medio del préstamo que hacen de ese papel-moneda, a sus gobernados, a un interés de tanto por ciento. Otros, como el Estado de Massachussetts, avanzan un papel-moneda de ese género en las necesidades extraordinarias del Estado, para subvenir a sus gastos públicos; y más tarde cuando la colonia se encuentra en facilidad de hacerlo, lo recompra al bajo precio en que cae por grados.

“La extrema abundancia del papel-moneda aleja el oro y la plata de todas las transacciones interiores en Escocia; y lo que ha ocasionado en uno y otro país esa grande abundancia de papel-moneda, no es la pobreza del país, sino el espíritu activo y emprendedor del pueblo y el deseo que tiene de emplear, como capital útil y productivo, todos los fondos que puede llegar a procurarse.”

En los Estados Unidos, país de libertad, la riqueza es el instrumento y arma de la libertad. Las dos cosas se producen y sostienen recíprocamente—la libertad y la riqueza. Se llega a la libertad por la riqueza y viceversa.

Allí no se sabe cuál grandeza es mayor—si la de sus libertades o la de sus riquezas.

Así, la ciencia de la riqueza forma parte de la ciencia

de libertad, como en la madre patria europea de ese país americano.

Y sobre todo, así el trabajo y la industria, que producen la riqueza, forman el fondo de la educación, de las costumbres y de la vida del hombre de los Estados Unidos, a la par que sus costumbres y hábitos de hombre de libertad.

De esas dos fuerzas de la sociedad de Norte América, no vé más que una la América del Sud, para sus imitaciones.

Ocupada en copiar sus libertades, olvida la condición de su posesión y ejercicio que es la riqueza nacida de la vida laboriosa.

Tiene parte en el origen de este extravío el célebre libro de Mr. de Tocqueville en que la América del Sud ha aprendido a conocer la democracia de la América del Norte.

Tocqueville, en efecto, más conocedor de la política que de la economía, como lo común de los publicistas franceses, solo ha visto la democracia de América por el lado de su libertad política, sin ocuparse casi del lado de su economía política.

Su grande y bello libro presenta ese vacío tan transcendente en sus resultados como la autoridad y prestigio de su gran nombre.

Sabido es, sin embargo, que el poder y grandeza de los Estados Unidos viene tanto de sus riquezas como de sus libertades, y que la vida a que ese país debe su mismo rango en el mundo civilizado, se compone de industria y trabajo, a la par que de elecciones y debates políticos.

Sud América está llena de copistas, políticos de las doctrinas, leyes y libros de los Estados Unidos; lo que olvida copiar al *gran modelo* son sus comerciantes y banqueros, sus ingenieros y marinos, sus empresarios, sus mineros, sus pescadores, sus plantadores y agricultores, en una palabra, sus conocimientos económicos y sus hábitos de laboriosidad, de economía y de sobriedad en la vida social, sin lo cual sus libertades serían meros mitos y abstracciones.

#### § XIII.—LA CRISIS MISMA INDICA SU PROPIO REMEDIO

Las crisis tienen de bueno que ellas son a menudo un remedio de sí mismas. Los dolores del empobrecimiento son el mejor medio curativo de los hábitos de disipación y de lujo que han traído la pobreza; y, mejor que los dolores, es la incapacidad real de gastar por falta de fondos para gastar. De este modo es que la pobreza penal del pródigo y del ocioso educa y corrige de hábitos que ninguna reflexión hubiera bastado para sacudir y desechar.

El hombre vano que ha contraído la costumbre de tener